**IX Jornadas de Jóvenes Investigadores**

**Instituto de Investigaciones Gino Germani**

**1, 2 y 3 de noviembre de 2017**

Micaela Alquezar (FSOC-UBA)

micaela.alquezar@gmail.com

Estudiante de Lic. en Sociología

Rodrigo Demey (FSOC/IEALC-UBA)

rodrigodemey@hotmail.com

Estudiante de Lic. en Sociología

Eje 9. Teorías, epistemologías y metodologías.

**Modernización, individuo y sociedad: apuntes sobre las tragedias en Simmel**

Palabras clave: Simmel – tragedia – individuo – sociedad – modernización

**Introducción**

El objetivo del presente trabajo consiste en rastrear en la obra de Georg Simmel ciertas manifestaciones de la tensión entre los conceptos de “individuo” y “sociedad” -enmarcados éstos en el proceso de modernización- bajo las formas trágicas que enuncia: la “tragedia sociológica” y la “tragedia de la cultura”, y las implicancias de éstas en tal tensión.

En este sentido, buscamos incorporar en su análisis, dado que resultan insoslayables, a la ciudad como espacio de interacción; a la forma dinero como determinante de relaciones sociales; y la división del trabajo, esta última como condición necesaria, aunque no suficiente, para la impulsión del proceso de individualización. En tal orden de ideas, entendemos que la conjunción de los fenómenos enunciados opera como detonante de las resultantes “tragedias” que buscamos estudiar. Para rastrear y caracterizarlas, creemos es preciso indagar respecto de la dinámica inter e intraconceptual de la batería teórica mencionada.

Teniendo conocimiento de que un autor como Simmel es inagotable en un trabajo de estas características, y a sabiendas de que este escrito no constituye en sí una labor plenamente innovadora, lo que buscamos alcanzar es un determinado ordenamiento conceptual que estimamos provechoso para la comprensión de ciertos desarrollos del autor.

La estructura de la ponencia consiste en un inicio brindado por un apartado epistemológico, posteriormente se abordará la cuestión relativa a la modernización y al diagnóstico simmeliano, recuperando los conceptos ya enunciados, para luego proceder a analizar las tensiones entre individuo y sociedad, desembocando finalmente en la tragedia sociológica y la tragedia de la cultura.

**Epistemología (o sobre cómo entiende Simmel al mundo)**

La realidad para Simmel no se caracteriza por ser estática. Al contrario: está en constante cambio porque también lo están las relaciones entre los individuos que la conforman. Los nexos sociales son entendidos como un continuo movimiento generado a partir de la influencia recíproca que tienen entre sí los individuos. Entonces, dado el carácter dinámico de lo social, el objeto de la sociología para Simmel no es la estática sociedad, sino las formas de socialización -las múltiples maneras en las cuales los individuos se unen y separan- en constante transformación. El autor busca dar cuenta de los movimientos de las diferentes relaciones sociales que hacen a la sociedad: pueden aproximarse, alejarse, modificar su intensidad. Para ilustrar esta cuestión Vernik (2015: 224) refiere a “delicados hilos sociales, que instante a instante se forman y deforman, uniendo y separando a los individuos entre sí”. Y no sólo eso: dado que “todo hombre está en un punto de intersección de innumerables hilos sociales, (...) cada una de sus acciones tiene que producir los más variados efectos sociales.” (Simmel, 2015: 248). Es decir, no sólo los individuos continuamente modifican sus relaciones, sino que, estando atravesados por incontables hilos sociales, las consecuencias de sus acciones son impredecibles.

Los límites del conocimiento, de la razón pura, nunca se han hecho más evidentes que en la modernidad, porque es justamente en estos tiempos en los que su primacía frente al arte, la religión, la ética y otras esferas, se ha trocado en su propia sumisión (Nocera, 2006). En este sentido, se percibe en Simmel una impronta romántica. Es decir, en línea con un movimiento profundamente sacudido por el impacto de un dispositivo civilizatorio, cuyo anclaje principal está en el despliegue desmesurado de la razón ilustrada. La sensibilidad romántica da cuenta del sufrimiento de un hombre que está aprisionado en los confines estrechos de su propia limitación. Posicionándose en contra de la omnipotencia de la razón clásica, el romanticismo eleva la apuesta para desequilibrar un proyecto totalitario tal y como un iluminismo en exceso, pero sin atrincherarse en el irracionalismo.

Ante esta complejidad de la realidad social y la imposibilidad de examinar un “todo” estable, se busca dar cuenta de las interacciones sociales. Siguiendo a Levine (2002), se puede afirmar que Simmel, para ello, atiende a: a) las formas de las interacciones sociales; b) la reciprocidad de los individuos participantes en ellas; c) la distancia entre estos individuos; y d) la dualidad del mundo, en términos de oposiciones.

¿Qué quiere decir esto? En principio, se entiende por *forma* a aquella identidad, estructura y significados que adquieren los contenidos del mundo. Los hombres crean formas que luego se imponen; a su vez las relaciones entre los individuos con ellas (o entre sí) pueden adquirir diversas formas, principal pero no exclusivamente, según el carácter que asuman la reciprocidad y la distancia de los elementos que conforman a las interacciones.

El análisis de la *reciprocidad* entre las partes le sirve a Simmel para dar cuenta de la *forma* que toman los nexos sociales. Reciprocidad implica que ningún elemento es definido de modo absoluto y por sí mismo, sino según su relación con los demás. Entonces, las interacciones sociales son entendidas a partir del grado de reciprocidad que mantengan los individuos que las componen, de la frecuencia, intensidad y densidad de sus intercambios. Si no hay individuos que estén en relación de reciprocidad, no puede haber relación. Y si no hay relación, tampoco puede haber sociedad, en tanto la sociedad es entendida por Simmel como socialización, es decir, interacción social.

En este sentido puede pensarse cómo las relaciones sociales se modifican según la cantidad de individuos que en ellas intervienen. Por ejemplo, una relación entre dos individuos semejantes, cuya reciprocidad no era tan fuerte y sus vínculos más bien esporádicos, podría verse modificada ante la aparición de un tercero diferente y, por ello, amenazante. La incorporación de este tercero podría implicar un estrechamiento y concentración de los vínculos entre los dos primeros; las relaciones sociales están en constante movimiento.

Ilustrativo también es el ejemplo que da Simmel (2015) en *Sobre la responsabilidad colectiva*, donde el crecimiento del grupo social, con su consecuente modificación no sólo de las condiciones de desenvolvimiento de las relaciones sociales sino del grado de reciprocidad entre sus miembros, traería cambios en las formas de sus relaciones sociales. Más específicamente, en este ejemplo el crecimiento del pequeño pueblo caracterizado por la poliandria haría que deje de ser moralmente correcto que una mujer tenga varios esposos, por lo que dejaría de tenerlos[[1]](#footnote-1). Es así como un cambio numérico terminaría implicando que prácticas sociales y formas de relación antes concebidas como moralmente correctas dejen de serlo, modificándose así la forma que toman las interacciones sociales. Es preciso agregar que la *reciprocidad* puede también referir, según Levine (2002), a la relación de un individuo con un sistema cultural o con un fragmento de la cultura. El hecho que una práctica deje de ser considerada como moralmente correcta por los motivos mencionados implicaría un cambio en la relación de reciprocidad (o no reciprocidad) entre esa práctica en tanto fragmento de cultura y los individuos. Las prácticas no son moralmente correctas o incorrectas intrínsecamente, sino según su relación con otras prácticas, fragmentos de cultura y relaciones con los individuos.

Otra cuestión clave a considerar al momento de caracterizar a los nexos sociales es la *distancia*. Es decir, la cercanía o lejanía entre los distintos elementos que entran en relación, ya sean estos individuos o cosas. Entre los individuos, la distancia no es solo física o corporal sino también espiritual. La primera se relaciona, por ejemplo, con las posibilidades de (des)encuentro que brindan las ciudades o pequeños pueblos, como más adelante desarrollaremos. Y la distancia espiritual tiene que ver, según Simmel, con el grado de desarrollo intelectual de los individuos, que permite que mantengan o no sus vínculos independientemente de la frecuencia de sus encuentros físicos. Las distancias física y espiritual no siempre van de la mano; es el caso de la figura del vecino y de la amistad. Con el primero, en las sociedades modernas, hay suma cercanía física pero nula cercanía espiritual: en general, con suerte conocemos los nombres de nuestros vecinos. Al contrario, también en las sociedades modernas, la relación de amistad se basa en mayor cercanía espiritual que física: son mayores los intereses compartidos que la frecuencia de los encuentros.

Es relevante también la distancia de los individuos con los objetos, como son los fragmentos de cultura, en tanto entre ellos también interaccionan; las diferentes distancias entre sujetos y objetos dan lugar a las diversas formas culturales. Esta cuestión que aquí solo mencionamos será desarrollada más adelante con el caso de la relación individuo-cultura objetiva y su expresión en la *tragedia de la cultura*.

Por último, el dualismo, el entender el mundo “en términos de conflictos y contrastes entre categorías opuestas” (Levine, 2002), sirve a Simmel para su análisis de lo social. Y, en tanto la dualidad es inherente a todas las formas sociales, también a nosotros nos servirá como eje para el análisis que nos proponemos: ver la relación individuo-sociedad en el marco de la modernización y explicar cómo se traduce en la *tragedia sociológica* y en la *tragedia de la cultura*, para Simmel.

**Modernización**

Para poder comprender la forma que toma la relación individuo-sociedad en un contexto de modernización de las relaciones sociales, del modo de producción y de la forma que toma la vida en la ciudad, cabe formular primero algunas aclaraciones acerca de la definición que Simmel da de la sociedad.

En *Cuestiones fundamentales de sociología* (2002a: 31), Simmel define a la sociedad de modo amplio como “interacción anímica entre los individuos” que recíprocamente se influyen. Entiende que es una definición más inclusiva que la tradicional, pero es renuente a restringirla a sus instituciones más durables (como la familia o el Estado) en tanto se dejarían de lado todas aquellas interacciones menores, ínfimas, instantáneas que considera que son las que efectivamente constituyen a la sociedad; ve a la sociedad como un *acontecer*.

Siguiendo a Levine (2002:12), puede definirse a la sociedad según Simmel y en un sentido más concreto como un “complejo de individuos socializados, una red empírica de relaciones humanas operando en un tiempo y un espacio dados”. Para este trabajo, ese tiempo y espacio dados son las grandes ciudades modernas. Aunque la modernidad no agota la potencial especificidad que tiene el concepto, sí reduce su pertinencia desde la totalidad de las formas relacionales a esas formas, pero ahora en el marco de la modernización.

Entonces, no puede darse una definición de sociedad dejando de lado a los individuos, en tanto las acciones recíprocas hacen a su forma. Aunque también las formas que toma la sociedad hacen a las relaciones que tienen los individuos. Aquí entran en juego los principios mencionados en el apartado anterior. Con el proceso de modernización acaecen cambios en la forma de la sociedad, en tanto la *distancia* y *reciprocidad* de sus contenidos se ve modificada. Es decir, los individuos se desarrollan en ella de forma diferente. Y también modifican su carácter las distintas *dualidades* que pueden identificarse en los diferentes momentos.

Con el advenimiento de la modernidad, en las grandes urbes las relaciones se transforman. Los individuos, a pesar de estar físicamente juntos, están espiritualmente alejados. Simmel explica que, ante los constantes cambios a su alrededor, los individuos reaccionan con indolencia. Es decir, con un no sentir. Es el modo que los urbanitas tienen de sobrevivir ante los permanentes estímulos a los que están expuestos. Mantienen una *actitud reservada y cortés indiferencia,* que, en caso de enfrentarse a lo desconocido, se transforma en desconfianza, antipatía e incluso *silenciosa aversión*. En clave dual, puede leerse que si bien el individuo, ante el mundo de impresiones y estímulos que ante él se abre, es contrarrestado por una reacción *indolente*, carente de emoción.a la cual hemos hecho referencia.  Donde antes la cercanía física estaba acompañada de cercanía espiritual y un encuentro fortuito con un vecino desembocaba en un agradable y amistoso intercambio, ahora el volumen de contactos diarios de los individuos es tal que les sería mentalmente agobiante establecer un vínculo significativo en cada una de sus interacciones. De allí la indolencia y aversión del urbanita, a diferencia de la corta distancia física y espiritual que une a los individuos en las pequeñas ciudades premodernas. En ellas, Simmel halla una “unidad centrípeta” (1986: 254), y las fronteras de las relaciones están bien delimitadas.

La modernidad es el fenómeno que motoriza constantemente la reflexión de Simmel. Una temporalidad y una espacialidad nueva surgen en este período, cuya característica eminente es que sus instantes, fugaces y recónditos, eternizan lo inmutable tras el cambio permanente. La lógica monetaria se oculta detrás, y Simmel rastrea y denuncia sus implicancias en la *Filosofía del Dinero*. Es de interés señalar que el punto de vista de Simmel al respecto es particular. Como dimensión sociológica resulta ineludible, y es su objetivo observar cuáles son las consecuencias del uso del dinero en los individuos, sea bien para dar cuenta de cómo afecta la psiquis, la vitalidad, o el desarrollo de la cultura. El papel del dinero en las sociedades modernas tiene múltiples abordajes, principalmente en su carácter de medio de interacción entre individuos. Pocas esferas escapan a su influencia, siendo que “se expande como un gas mortífero hacia el resto de las esferas vitales” (Vernik, 2009:88). Simmel es consciente de cómo en una relación dialéctica entre el cambio y la estabilidad, la relación social de tipo mercantil refleja una nueva temporalidad que se halla embebida de los sucesos de la modernidad. De esta forma el dinero imprime una forma y una dinámica única a la sociedad, como medio fundamental que entrevera los nodos y nexos que la nutren. A Simmel le interesa analizar el dinero en tanto *símbolo*, en tanto que la vida moderna no discurre ya entre “singularidades sensoriales” sino por medio de “abstracciones, equilibrios y condensaciones”, acelerándose extraordinariamente “la realización veloz y completa de los procesos de abstracción en las relaciones interhumanas” (Simmel, 1977: 151). El dinero es uno de los factores que fomenta la indolencia urbanita en tanto transforma la diferencia cualitativa en diferencia cuantitativa con “falta de color e indiferencia”, de modo de que se alcanza una “decoloración de las cosas por medio de su equivalencia con el dinero” (Simmel, 1986: 252).

El autor traza similitudes entre los procesos de racionalización e intelectualización de la época en las sociedades modernas, siendo que estos constituyen el fundamento para pensar el problema de la cosificación en ellas. Anticipándose a lo que la Escuela de Frankfurt llamó *primacía de la razón instrumental*, la razón calculadora se erige como principio decisivo, en miras de una creciente racionalización en detrimento de lo humano y lo cualitativo.

Asimismo, el dinero, como medio por excelencia, tiene comportamientos análogos a las construcciones conceptuales: para abarcar más singularidades, es necesario que pierda cada vez más las especificidades de su contenido. Es, en sí, el espíritu de la modernidad, dado que opera como un medio para todo. Representa la dinámica al interior de la sociedad al mismo tiempo que su capacidad de intercambio engrosa el tejido social dado que incorporan una nueva trama a la misma. Simboliza la pérdida total de contenido en su carácter de equivalente general, teniendo un poder igualador para todo lo conocido. Enuncia Simmel:

En la medida que el dinero equilibra uniformemente todas las diversidades de las cosas y expresa todas las diferencias cualitativas entre ellas por medio de diferencias acerca del cuánto (...), se erige en denominador común de todo valor, (...) se convierte en el nivelador más pavoroso, socava irremediablemente el núcleo de las cosas, su peculiaridad (...). (1986: 252).

Además, el intercambio a través del dinero y la producción ya no para determinado *cliente* conocido sino para el *mercado*, es decir, consumidores desconocidos, es otro factor conducente al aumento de distancia interpersonal entre los urbanitas a pesar de su cercanía física.

La lógica monetaria resulta entonces, en clave simmeliana y en virtud de la primacía del cálculo, la contracara dualista del racionalismo moderno; operan de manera similar. El carácter generalizador y abstracto del pensamiento racional hace intercambiable cualquier contenido de sentido, al igual que el dinero. En otras palabras, el discurso científico gana relevancia al costo de una pérdida de sentido siempre mayor.

La racionalización de la existencia acarrea un proceso creciente de diferenciación social. En la raíz de ese proceso se halla la independencia de los medios respecto a los fines a los cuales inicialmente servían. Este proceso es abarcativo a la sociedad toda, desde el momento en que el dinero emerge como denominador común para el intercambio. Como medio que suprime los fines últimos, como “medio de los medios”, es una expresión simbólica que opera como nexo entre conciencia técnica y economía monetaria; es correlato práctico y material de la lógica intelectual. La superficialidad de la vida moderna va en la línea de un descentramiento del sujeto, perdido tras un sinfín de avances, habilidades, disfrutes técnicos y cosas mediatas.

**Individuo-sociedad**

Simmel entiende al advenimiento de la modernidad como un proceso en continua realización, que se retroalimenta a partir de sus propias consecuencias.  Como consecuencia del proceso de modernización, aunque a su vez como causa que lo profundiza, se halla la división social del trabajo. Es decir, la diferenciación de tareas entre los miembros de la gran ciudad. Esto implica una mayor especialización, particularización e individualización de los urbanitas. En palabras de Simmel (1986: 258): “exactamente en la medida de su extensión, ofrece la ciudad cada vez más las condiciones decisivas de la división del trabajo”, debido a que “en virtud de su tamaño es capaz de absorber una pluralidad altamente variada de prestaciones”. Las tareas de los individuos se especializan, de modo tal que ellos mismos poseen cada vez menos características comunes que les permitan relacionarse significativamente.

Cabe resaltar que Simmel concibe la experiencia humana como permeada por innumerables conflictos. No obstante, sólo se determinan como trágicos, a diferencia de los meramente tristes, cuando:

(...) las fuerzas negativas orientadas contra un ser surgen precisamente a partir de los estratos más profundos de este mismo ser; que con su destrucción se consuma un destino que está ubicado en él mismo y que, por así decirlo, el desarrollo lógico es justamente la estructura con la que el ser ha construido su propia positividad. (Simmel, 2002b: 354).

En contraposición, existen conflictos tonificantes y constructivos que se ubican dentro de los límites de la sociedad y la cultura. Poseen este carácter dado que permiten, por un lado, apreciar las riquezas y profundidades de la vida (esencialmente en el caso cultural, como más adelante veremos) y, por el otro, en ocasiones resultan históricamente productivos. De forma similar, las tensiones entre individuos y principios formales son precondición para determinadas estructuras en la sociedad, aportando textura, durabilidad y elasticidad.

Simmel se aboca al tratamiento de tensiones entre la individualidad y la sociedad en el Capítulo IV de *Cuestiones fundamentales de Sociología* (2002a), en el marco de su ejemplo de sociología filosófica, toda vez que refiere a tales actores en las concepciones de la vida de los siglos XVIII y XIX. Al respecto, el autor supone que la vida individual representa la base del conflicto entre el individuo y la sociedad. El problema realmente práctico de la sociedad, refiere el autor, se halla en la relación que sus fuerzas y formas tienen con la vida propia de los individuos. En este sentido, Simmel apuesta a lo que podría llamarse ‘*homo duplex*’, si se nos permite la utilización de la expresión durkheimiana. La presión social proviene de forma externa e interna al individuo, dado que en la perspectiva simmeliana el individuo puede dividirse a sí mismo en partidos y sentir partes en colisión, luchando por determinar su curso de acción. Esa capacidad tiene como resultado que el individuo está ocasionalmente en una relación de oposición con los intereses de su yo que no están afectados por su carácter social. Esencialmente, el autor supone que “el conflicto entre la sociedad y el individuo continúa en el individuo mismo como una lucha entre las partes de su carácter” (2002a: 104).

Y precisamente la divergencia entre ambas partes apunta a una forma general de la vida singular. La sociedad, sin completamente alcanzarlo, pretende afirmarse como una unidad. Considera al individuo sólo como una parte, debiendo éste poner su esmero en cumplir la función especial que ha de ejercer como parte; no obstante, el impulso de unidad e integridad que el individuo tiene por sí mismo resiste este papel, toda vez que quiere desplegar la totalidad de sus capacidades con independencia de los desplazamientos que exige el interés de la sociedad. En este sentido, Simmel alude:

La sociedad -y su representante en el individuo, la conciencia social y moral- exige muy a menudo una especialización que no sólo deja sin desarrollarse o destruye la totalidad armoniosa del ser humano (...) sino que, con frecuencia, se opone en cuanto a su contenido con igual hostilidad a las cualidades que se suelen llamar humanas en general. (2002a: 108)

De hecho, esta sociedad exige también en muchos otros aspectos una nivelación de sus miembros, y dentro de su ámbito crea un promedio con el que dificulta a sus elementos sobresalir con particularidades individuales. En suma, la especificación que exige con respecto a lo humano en general, la prohíbe frente a la generalidad social. De esta manera, el individuo sufre un doble asedio: la sociedad le impone una medida que no puede sobrepasar ni en dirección a lo más general ni en la de lo individual. Los conflictos a los que se ve sometido el individuo han sublimado en la historia, refiere Simmel, en una necesidad abstracta de libertad individual.

Sin embargo, en los tiempos modernos el carácter prohibitivo que la sociedad puede tener sobre el individuo se ve en gran medida atenuado. La sociedad específicamente moderna tiene una impronta habilitante: da lugar a la particularización, al desarrollo del individuo y su originalidad, en tanto sus vínculos menos agobiantes con relación al pasado le dan una mayor cuota de libertad. En las pequeñas ciudades premodernas la unión entre los individuos es tan estrecha y la *reciprocidad* y la intensidad exigida por los vínculos es tal que no hay lugar para el desarrollo personal. En cambio, en las ciudades modernas la vida está fragmentada; la reserva y la antipatía dan libertad y estimulan el desarrollo de la individualidad.

1. *Tragedia sociológica*

En virtud de lo hasta aquí expuesto, el conflicto entre sociedad e individualidad nos deja en las puertas de uno de los fenómenos en análisis: la tragedia sociológica. En palabras de Simmel:

Cuanto más finas, altamente desarrolladas y cultivadas sean las cualidades que posee el individuo, tanto más improbable se vuelve la coincidencia y por tanto la uniformidad precisamente de aquellas con las cualidades de otros y tanto más se extienden hacia la dimensión de lo incomparable, mientras que se reducirán a estratos tanto más bajos y (...) primitivos aquellos aspectos en los que puede asemejarse (...) a otros y formar con ellos una masa de carácter uniforme. (2002a: 66)

En otras palabras, el logro efectivo y exitoso de la socialidad entre individuos compromete, en gran medida, la misma integridad del individuo. La razón de ello es que la integración social se asienta sobre la base de entendimientos comunes y cualidades que hacen posible la mutua sensibilidad. Al igual que y en sintonía con la lógica monetaria y la racionalidad moderna, en tanto la socialidad se expande para abarcar una mayor cantidad de individuos, las cualidades que operan como base para la interacción quedan reducidas numéricamente y devaluadas cualitativamente. En síntesis, a mayor desarrollo y refinamiento de la individualidad de un sujeto, menor probabilidad de que sea capaz de interactuar significativamente con otros. Siguiendo la cita ya expuesta y a Levine, “en tanto y en cuanto esto ocurra, se estará sobre la base de niveles primitivos de funcionamiento y de sensibilidad humana. (...) Esto aleja al individuo de su individualidad, y lo hace descender a un nivel común a cada uno” (2002: 18). Este dilema entre las formas de la individualidad y la socialidad es inescapable, autogenerado y, por ello, trágico.

1. *Tragedia de la cultura*

La relación del individuo y la sociedad en la modernidad tiene, además, una segunda expresión trágica en la tragedia de la cultura. Para Simmel la cultura surge a partir del desarrollo de la protocultura, es decir, de los elementos meramente suficientes para atender a las necesidades prácticas de los individuos en relación. En un segundo nivel de desarrollo cultural, estos elementos objetivados pasan a autonomizarse de modo tal que los sujetos creadores ya no se reconocen en ellos, los experimentan como ajenos. Lo trágico cabe en que, irónicamente, el sujeto se ve aniquilado por su propia creación cultural.

La deriva trágica de la cultura, a ojos de Simmel, es causada por tres factores muy interrelacionados, que no nos resultan extraños: la división del trabajo, la dominación de la forma dinero, y la espacialización urbana de las relaciones sociales. Los tres ya han sido mencionados, pero interesa aquí ver su vínculo directo con el fenómeno a analizar.

Para nuestro autor, la división del trabajo “desteleologiza y anonimiza el mundo social”, bloquea o fragmenta el sentido del propio hacer, autonomiza el desarrollo cultural, llevándolo hacia resultados que nadie busca y todos encuentran, y genera una proliferación atosigante de productos sin significación precisa. Conduce a una realización unilateral del individuo que ante la “abundancia avasalladora de espíritu cristalizado, que se ha tornado impersonal, la personalidad, por así decirlo, no puede sostenerse frente a ello” (Ramos Torre, 2000: 52). Aunque la división del trabajo permite al individuo diferenciarse de sus pares, conlleva a su vez una proliferación de productos culturales tal que acaban imponiéndose a los sujetos. Es esto a lo que Simmel llama “hipertrofia de la cultura objetiva”, fenómeno que se asocia a la “atrofia de la cultura subjetiva” (Simmel, 1986: 260), dado que, ante tal oferta cultural, los sujetos se ven agobiados y eligen cómodamente cesar la producción personal. Vale recordar que análoga es su reacción ante la multiplicidad de estímulos e interacciones en la vida urbana: indolente.

Asimismo, como hemos visto, la forma dinero genera un proceso de abstracción y empobrecimiento de la vida que repercute en el mundo, las cosas y los hombres. Los hombres, porque quedan reducidos a máquinas que no salen de lo cuantitativo y lo calculante; las cosas, porque pierden sus diferencias cualitativas, y el mundo porque se hace cercano lo lejano y remoto lo próximo, rompiendo los ritmos y distancias. Al igual que las mercancías en la esfera económica, en una suerte de homenaje al fetichismo de la mercancía, los diversos objetos culturales derivan hacia una autonomía que los convierte en poderes extraños y, ya vacíos de real significado, caen en una proliferación (Ramos Torre, 2000).

En cuanto a la espacialidad urbana, podría decirse que resulta producto de los dos factores anteriores, que no hace más que reforzar la andanada de efectos culturales vistos: aceleración de la vida, intelectualización, conversión de los encuentros en fugaces, producción de una indolencia generalizada en el individuo e incluso hostilidad.

Entonces, en un principio, la existencia de cultura no acarrearía una tragedia por definición, sino que toma este carácter debido a las formas de socialización específicamente modernas. Desde que existe la protocultura existe la distancia entre la cultura objetiva y subjetiva. Sin embargo, esta distancia se ve potenciada en la modernidad, y de allí su deriva trágica. Tiene que ver con la aceleración de los ritmos y las diferencias cada vez mayores no sólo entre los sujetos y sus objetos creados, que ahora se les oponen como ajenos y extraños, sino también entre los individuos, ahora tan diferentes entre sí que pocos lazos quedan como para permitirles relacionarse.

**Conclusión**

El objetivo de este trabajo consistió en rastrear las tensiones entre individuo y sociedad en ciertas partes de la obra de Georg Simmel. Al respecto, a través y en virtud del recorrido que hemos propuesto a lo largo del mismo, hemos señalado que la relación entre estas nociones es necesaria (porque la sociedad no es sin la acción recíproca y la socialización de los individuos) y, en el marco del diagnóstico de la Modernidad realizado por el autor, conflictiva.

Asimismo, hemos comenzado el presente con una sucinta exposición sobre la epistemología simmeliana. En este sentido, consideramos que la noción de *dualismo* resulta útil para formular la siguiente tesis: el proceso de modernización implica una doble consecuencia para el individuo. Por un lado, una de carácter positivo; por otro, una de carácter negativo. A su vez, cada una de ellas contiene en su interior dos implicancias. En cuanto a las positivas, puede decirse que, en primer lugar, la división social del trabajo es garante de una mayor diferenciación de los sujetos. En segundo lugar, si bien la indolencia tiene un carácter negativo, posee una contracara positiva en línea con lo anterior: posibilita una mayor libertad y desarrollo de la autonomía y originalidad.

Por su parte, las consecuencias negativas de la Modernidad se relacionan directamente con las últimas cuestiones abordadas. En este sentido, cabe recordar que, en la perspectiva simmeliana, se puede definir como trágico un fenómeno cuando contra algún ser se dirigen fuerzas destructivas provocadas por la propia naturaleza del ser, donde la existencia de la individualidad se ve atacada y amenazada por las propias formas que la interminable creatividad ha producido. Este es el caso de las tragedias que hemos explorado. La tragedia de la cultura acarrea la opresión de los sujetos culturales por parte de sus propias creaciones, limitando su desarrollo individual y ocasionando una homogeneización en términos culturales; aquello que se conoce como ‘cultura de masas’. La tragedia sociológica, por su parte, supone que mientras más diferentes son los individuos, menos acervo común comparten para relacionarse con otros y, en caso de hacerlo, sucede a costa de ‘rebajar’, ‘nivelar’ sus cualidades a “estratos más bajos y sensitivamente primitivos” (Simmel, 2002a: 65).

Finalmente, nos gustaría enfatizar en un punto referido en la introducción: este trabajo no es más que un acercamiento a algunos desarrollos conceptuales del sociólogo berlinés, explorados por otros antes que nosotros. Su realización significa para nosotros un primer acercamiento y ejercicio a la práctica académica, y entendemos que puede no suponer una innovación en términos teóricos, pero que sí puede considerarse como una herramienta para facilitar la lectura y comprensión de determinados temas en los trabajos de Georg Simmel.

**Bibliografía**

Levine, D. (2002). Introducción. En G. Simmel., *Sobre la individualidad y las formas sociales* (pp. 11-70). Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

Nocera, P. (2006). Crítica y metacrítica de la modernidad en la obra de Georg Simmel. *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, Vol. 13 (1), 153-171. Recuperado de <http://bit.ly/2vd3VOg>

Ramos Torre, R. (2000). Simmel y la tragedia de la cultura. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas (REIS)*, (89), 37-71. Recuperado de <http://www.reis.cis.es/REIS/PDF/REIS_089_04.pdf>

Simmel, G. (1977). *Filosofía del Dinero*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos.

Simmel, G. (1986) Las grandes urbes y la vida del espíritu. En *El individuo y la libertad*, (pp. 247-261). Barcelona: Península.

Simmel, G. (2002a). *Cuestiones fundamentales de Sociología*. Barcelona: Gedisa.

Simmel, G. (2002b). Sobre la filosofía de la cultura. En *Sobre la aventura. Ensayos filosóficos*, (pp. 317-361). Barcelona: Península.

Simmel, G. (2015). Sobre la responsabilidad colectiva. *Entramados y perspectivas*, Vol. 5 (5), 229-248. Recuperado de <http://bit.ly/2v3urxK>.

Vernik, E. (2009). *Georg Simmel: Sociólogo de la Vida*. Buenos Aires: Quadrata.

Vernik, E. (2015). Presentación a «Sobre la responsabilidad colectiva» de Georg Simmel. *Entramados y perspectivas*, Vol. 5 (5), 223-227. Recuperado de <http://bit.ly/2wlLOJM>

1. Desde ya que no sería correcto establecer relaciones de causalidad directa de este tipo al analizar lo social. En este caso intervendrían más cuestiones para desembocar en que las mujeres dejen de tener varios esposos. El fin de este ejemplo es ilustrar cómo [↑](#footnote-ref-1)